

Guido Tamayo Juego para niños grandes



Juego de niños
Guido Tamayo
Literatura Random House
Bogotá, 2016
140 p.

Muchas y muy buenas son las opiniones que se pueden expresar acerca de *Juego de niños*, la última novela de Guido Tamayo, que más que reseñar pretendo celebrar, en una muy buena edición de la editorial Random House. Por razones de espacio, solo señalaré algunas, aunque es una novela que merece un comentario mayor y ojalá muchos comentarios.

Es preciso decir que *Juego de niños* resulta un título engañoso y a la larga sutilmente irónico, puesto que uno lo asocia con una temática ligera. Sin embargo, uno se da cuenta desde el primer párrafo que la novela atiende los temas profundos que atañen a una época de la vida por la que todos hemos pasado: el final de la niñez. Y lo hace como nos pedía Nietzsche que encaráramos la vida, es decir, tomándola con la misma seriedad con la que jugábamos cuando niños. En esta novela, el juego de niños es el peligroso juego de la vida misma. La vida que —como sostenía Jean Paul Sartre— está hecha para ser vivida por adultos.

El tema de la infancia, sobre todo en los bordes siempre difusos de la adolescencia, inscribe esta novela en el género de las novelas llamadas de iniciación. Que son, por demás, no muy frecuentes en nuestra literatura.

Los psicoanalistas, siguiendo al padre Freud, suelen repetir que no hay infancia feliz. Y este parece ser uno de los postulados de esta novela, que me recordó las conversaciones sobre este tema con uno de los escritores colombianos que con más vigor escribió sobre la infancia, o quizá contra ella. Héctor Rojas Herazo la desmitificaba, pues la describía como una época de pavores; señalaba que el niño vive el mundo que lo rodea en la mayor vulnerabilidad posible, es un ser frágil que no comprende lo que pasa, no entiende a los adultos que lo rodean, carece de conocimiento y experiencia para juzgar, y encima de todo es débil, dependiente y cambia aceleradamente, pues el niño desaparece ante sus propios ojos y se vuelve otro. Eso lo hacía insistir en que todos los terrores y las vetas de nuestra imaginación brotan de esos años.

La vida sí puede ser vista como un gran juego, pero en realidad es un gran juego hecho para adultos.

En esta novela, un lector rápido podría hacerse la pregunta, para mí irrelevante, de cuánto tiene de biográfico el relato que Guido crea magistralmente. Puesto que él lo hace tan bien que sus páginas nos conducen directo a lo que, lejos de ser una trampa, es solo un terreno de ficción estupendamente forjado. Y ese logro se obtiene debido a las cualidades estilísticas del autor, en especial, a su capacidad de construir, con muy pocos elementos formales, complejos mundos narrativos capaces de absorbernos por completo. Esa construcción es la apuesta principal del texto, puesto que alberga esa revelación de conciencia a la que la novela aspira. Y además resulta tan bien escrita y tan inteligentemente tejida, apretada por una economía rigurosa de elementos literarios, que logra una verosimilitud tal que hace comprensible la pregunta. Lo breve, si está hecho con maestría, es capaz de decir y, sobre todo, de insinuar mucho más que lo extenso.

Este tipo de novelas en Colombia son más escasas, pero varias alcanzan las más altas cumbres. A diferencia de las novelas largas que le apuestan a decirlo todo, las breves apuntan a decirlo de manera perfecta. Ambas ambiciones son difíciles de lograr, pero imprescindibles de intentar.

En estos días leí una entrevista en la que Enrique Vila-Matas decía: “Solo sé que escribir es hacerse pasar

por otro. O hacerse pasar por uno mismo, que es otra forma de hacerse pasar por otro". Eso lo sabe el autor de *Juego de niños*, solo que él se hace pasar por otros. Y todo esto lo traigo a colación puesto que la ficción, por más pura que sea, siempre arrastra remanentes biográficos, ya que el escritor saquea su memoria. Pero solo cuando la ficción está bien fraguada es que produce la magia, por usar ese lugar común, de transportar al lector a un mundo que le da la impresión de ser real. Y esto es lo que pasa con *Juego de niños*, es tan buena que parece cierta. Sin embargo, es una ficción de principio a fin, porque para eso escribe Guido; él sabe que, como bien dice José María Espinasa, "la realidad es una pésima escritora", es decir, no tiene la capacidad de contarse sola y necesita de un relator, de un lenguaje y de una interpretación. Esta sobrerrealidad de su novela, Guido Tamayo la logra gracias a un conjunto de virtudes narrativas que él ha cultivado y que se apoyan esencialmente en su manejo de un lenguaje rigurosamente observado y castigado, diría yo drenado, para obtener un efecto seco y contundente, rehuendo tanto el adorno como el giro melodramático. Y como todos sabemos, el verdadero motor de una prosa capaz de conmovernos es su poesía interna. Y esta historia conmovedora, que tiene verdaderos momentos poéticos, debe mucho a las horas de buen lector de poesía de Guido Tamayo.

Es una novela corta en la que se dice más de lo que suelen decir novelas muy largas que recurren y abusan de lo descriptivo, que desconfían de la inteligencia del lector, pues el autor sabe muy bien dejar que hablen los vacíos y los silencios narrativos. Y, acertadamente, que los misterios como tal no se resuelvan sino que se conserven. Por eso es, quizá, que usa el crucigrama como una metáfora de lo que es una posible novela. Por eso es que unas líneas delgadas le bastan para insinuar la historia más que para contarla, en una invitación constante al lector a intervenir. Sus personajes requieren de unas pocas frases para instalarse y se encarnan con una solvencia tal que uno los capta de inmediato. Los entiende a pesar de su singularidad y lo interesan a uno en sus peripecias. Es esta una novela polifónica donde todos los personajes cuentan en primera persona, en un conjunto de yoes. De ahí viene la fuerza que anuda el relato.

Son las voces de los integrantes de una familia, mundo inmediato del niño. Nada más. Voces que narran los hechos misteriosos en los que están involucrados. Con la sola excepción del padre, al que nunca se le da voz. Es un retrato de familia, enmarcado en una

geografía de lo familiar. Un tópico común a todas las novelas que abordan la infancia es la casa, puesto que para un niño es el primer mundo que habita y en el que cabe todo cuanto le importa. La casa revestida por la imaginación se vuelve mundo entero. En este caso, por gracia de la modernidad, la casa es un apartamento, uno que crece en la mirada niña de lo imaginario y que por ello no pierde sus cualidades góticas. Y es también la remembranza de una época. En una Bogotá que ya desapareció, y que por eso tiene algo de fantasmal, cuenta cómo pudieron haber ocurrido ciertos sucesos en las vidas de los preadolescentes de los años setenta.

De las cosas terribles que puede vivir un niño es el desamparo, saber tempranamente que solo contamos con nosotros mismos, tener una vivencia precoz del dolor y la muerte. Tal como ocurre con Fernando, el personaje central de *Juego de niños*. Él es un niño monstruo que nos guía a la compasión y tiene una función simbólica. Puesto que es su presencia la que obliga a esos niños, y en especial a Miguel, a preguntarse por el otro, a crecer, a tratar de entender por qué el mundo puede no ser perfecto y a cambio está lleno de dolor. Su presencia es la que dispara el fin de la infancia, es decir, cuando se descubren el dolor, la mentira, el deseo de sexo y la muerte.

Isabel, por su parte, irrumpe en esa atmósfera como un elemento de ruptura y desgarramiento, aunque paradójicamente sea la primera manifestación de la belleza; la belleza terrible vista por un niño que apenas se inicia en los meandros del deseo. Al verla por primera vez, Fernando, consciente de su monstruosidad, siente miedo. La belleza puede atemorizar. Con Isabel se toca no solo el tema de cómo lo femenino irrumpe en el mundo de lo masculino en formación, sino además el de la tragedia de ser bella.

Un acierto más de la novela es su cierre, ese enorme paso de tiempo que se da con una solvencia elegantísima y que nos lo cuenta todo, sin revelarnos de más, sintetizada en la fotografía dura que se hace de esos niños décadas después.

Paremos aquí. Podría decir muchas cosas, apenas he podido sugerir algunas. No quiero extenderme. Guido Tamayo nos ha dado una bella novela, de gran factura. Donde la difícil sencillez y la potencia de la concisión brillan por su gran capacidad de insinuar, de emocionar y de dejar en nosotros como lectores una huella honda, una perturbación que pocas novelas contemporáneas intentan y mucho menos logran. ■

Felipe Agudelo Tenorio (Colombia)